

STM

donostia**kultura**.com



Donostiako Udala
Ayuntamiento de San Sebastián



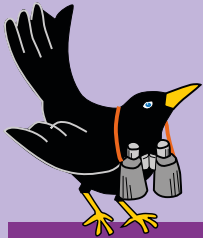
DONOSTIA 2016
SAN SEBASTIAN

San Telmo Museoa

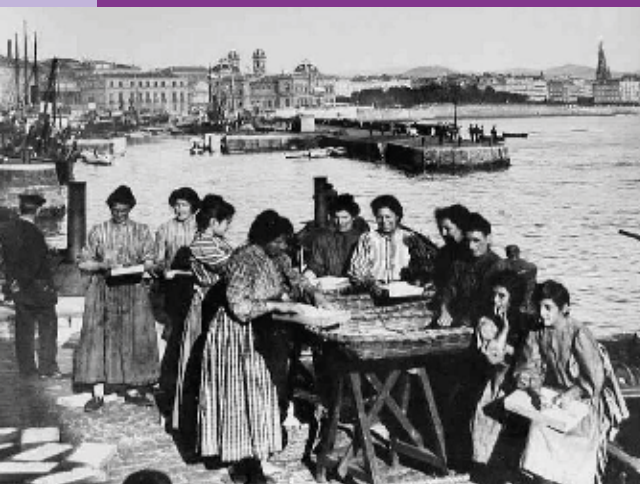
Zuloaga plaza 1
20003 Donostia – San Sebastián
Telefonoa: 943 48 15 80
santelmo@donostia.org
www.santelmomuseoa.com

KALEJIRA sobre las mujeres donostiarras

San Telmo museoa



RECORRIDO HISTÓRICO



Entidades colaboradoras




Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Patronos privados



PRESENTACIÓN

La celebración del Bicentenario de la destrucción y reconstrucción de la ciudad ha puesto de relieve una nueva forma de mirar la historia, en la que las mujeres cobran protagonismo. Las mujeres ya eran protagonistas de su tiempo y de su ciudad, antes y después de 1813; pero quedaban invisibilizadas en una visión reduccionista de la historia, casi siempre centrada en acontecimientos bélicos o institucionales. Evidenciar la participación de las mujeres en la vida de la ciudad es, además de un acto de justicia, la única forma de ofrecer una visión integral de nuestro pasado y por ello de nuestro presente. La historia de “los grandes hombres” no solo oculta a las mujeres, sino también a la mayoría de hombres que, como ellas, con sus tensiones y sus consensos, trabajaban y se relacionaban con otras sociedades, otras tierras y otros mares, en un mundo ya global desde el siglo XVI. Esta no es una historia local ni “de las mujeres”, sino un intento, mediante el ejemplo donostiarra, de mostrar una realidad casi siempre inadvertida o presentada como anecdótica.

Proponemos un recorrido de descubrimiento en dos sentidos: por un lado, nos descubre lo que, estando siempre ahí, no apreciábamos por desconocimiento o porque considerábamos tan “natural” que ni reparábamos en ello; por otro, el recorrido no profundiza en los temas, solo nos asoma a una realidad rica, tan profundamente enraizada en la historia local que es parte intrínseca de ella.

El recorrido se limita a la Parte Vieja donostiarra y a su primer ensanche porque es el corazón de la ciudad, el núcleo que permite explicar todo el municipio. Y porque a pie, que es como mejor se aprecia un patrimonio tan sutil como la huella de las mujeres donostiarra, el máximo de una visita de calidad es de hora y media. Este soporte escrito está pensado para que el profesorado, o en su caso responsables de grupo, puedan realizar el recorrido de forma autónoma, tanto en sus contenidos como en su realización práctica. Por lo demás, como todos los recorridos exteriores al propio Museo San Telmo, es bastante libre. Resulta mucho más dinámica y atractiva la interacción, respondiendo a los intereses de cada grupo, que la mera exposición de datos: hay que tener en cuenta que cada parada abre una infinidad de temas. Se propone, pues, una actividad eminentemente oral e interactiva, con constantes invitaciones a observar, a preguntar más que a responder, a reflexionar más que a memorizar... en última instancia, a participar activamente en la visita.

Por ello mismo, es muy adaptable a los diferentes niveles académicos, desde Educación Secundaria (en Primaria no se trabaja como tal la dimensión histórica, solo las grandes etapas) hasta grupos de Diversificación, y especialmente a personas adultas. Al tratarse de una invitación a adoptar una nueva mirada ante nuestro pasado, no exige conocimientos previos de historia donostiarra, ni sobre el incendio de 1813 y la posterior reconstrucción, ni sobre el protagonismo femenino en la ciudad y en la historia en general, un tema de estudio relativamente nuevo incluso en el ámbito académico.

Para realizar toda la actividad, se calcula **hora y media**.



LAS MUJERES, CONSTRUCTORAS DE CIUDADES, CONSTRUCTORAS DE SOCIEDADES

La historia es una excelente oportunidad de saber no tanto lo que ocurrió en el pasado como los puntos de interés de quienes la han escrito. Su fundamento, y su gran inconveniente, es la documentación. Y es su inconveniente porque la documentación no recoge toda la realidad, sino aquella parte que, por motivos muy diferentes, se decide en momentos y circunstancias muy diferentes poner por escrito. La documentación sobre las mujeres es poca, irregular y a menudo tangencial, registrada en documentos “menores” o que tenían otro objetivo: cuentas, litigios, testamentos... Una relectura de la misma documentación puede, y de hecho está ofreciendo, una visión más rica y matizada de nuestra historia.

Donostia es una ciudad que perdió casi toda su documentación en el incendio de 1813. Y los documentos posteriores nos evidencian una sociedad dominada por la burguesía, con un modelo de mujer concreto, frecuentemente más ideal que real, el de esposa y madre hogareña. Indagar en la realidad de las mujeres, antes y después de aquella fecha, supone, primero, un ejercicio intelectual de lectura crítica: hemos de saber no solo qué nos muestra, sino también qué nos oculta el discurso oficial.

La visión tradicional está muy cuestionada hoy día por empobrecedora. El ejemplo donostiarra paradigmático es Catalina de Erauso, presentada como una curiosa anécdota destacable por sus cualidades “viriles”, en vez de pensar que tal vez fue más el caso extremo de una sociedad en el que algunas mujeres, más de las que se podía pensar, decidían romper con un papel predestinado: “la monja alférez”. ¿Acaso no había otros destinos dignos de pasar a la “historia con mayúsculas” que el hogar y el convento para las mujeres, y la guerra para los hombres?

Francisca de Aculodi es una donostiarra prácticamente desconocida: a fines del XVII, ella reimprimía la primera gaceta en castellano, editada en Amberes: “Noticias principales y verdaderas”. Lo cierto es que no solo ella; también su marido e hijos, la saga de los Ugarte, impresores oficiales de la Provincia, son grandes desconocidos porque la cultura ha sido un apartado marginal frente a “grandes” marinos, militares, cortesanos, descubridores...

Una historia que vaya más allá de acontecimientos bélicos y políticos no puede dejar de lado a más de la mitad de la población. La historia donostiarra ha parecido conceder más importancia a las murallas y arquitectura militar que le rodeaba que a sus edificios y la gente que los habitaba. En el caso de las mujeres, además, su contribución pública, vital para el desarrollo de sus habitantes durante siglos, casi siempre partía de las tareas que tradicionalmente se les encomendaban: crianza, salud, educación, vestido, alimento, gestión del mayor o menor patrimonio familiar... Economía proviene de la palabra oikonomia, “administración del hogar”.

Este recorrido pretende mostrar ese patrimonio menos evidente (qué pocas calles, qué pocos monumentos, que pocos espacios dedicados a las mujeres) pero que está ahí, a la vista de quien lo quiera ver. Porque la clave es la mirada del presente.



1. Mujeres constructoras

En la plaza de Valle Lersundi, junto a la nueva escultura de Dora Salazar.

Estamos en el único espacio cuyas casas, además de las iglesias y conventos, sobrevivieron al incendio del 31 de agosto de 1813. De hecho, la calle por la que hemos llegado cambió su nombre a raíz de aquel suceso.

Las mujeres fueron las principales víctimas al asalto y saqueo... como solían serlo en las guerras. Pocas de ellas, sin embargo, fueron reconocidas con sus nombres. Tampoco aparecen mujeres en las firmas de las actas de las célebres reuniones de Zubieta, que decidieron la reconstrucción de la ciudad cuando todavía estaba en llamas. Sin embargo, entre los pocos centenares de supervivientes que se negaron a abandonar la ciudad incluso cuando estaba ardiendo, había muchas mujeres. Y muchas más colaboraron en las tareas de desescombro y posterior construcción, física, social y económica.

No era algo extraordinario, fruto de la excepcionalidad. Al contrario, las mujeres pobres (y la mayoría de la población lo era) realizaban tareas físicamente muy duras, aunque poco reconocidas y por tanto poco pagadas... De hecho, solían cobrar menos que los hombres por los mismos trabajos.

El Bicentenario ha decidido poner el acento en la reconstrucción de la ciudad más que en su destrucción, y en el papel de constructoras de las mujeres, más que de víctimas. La escultura de la navarra Dora Salazar quiere rendir un homenaje a todas ellas. Lo ha hecho junto a una fuente porque, en un tiempo donde no había agua corriente en las casas, la fuente era uno de los principales espacios públicos de convivencia, entre las mujeres y con los hombres.



Ahora, calle 31 de agosto arriba, pasar Santa María y subir por la derecha hacia Urgull, junto a Santa Teresa hasta la el punto nº 2



2. Mujeres religiosas... ¿o mujeres poderosas?

Al inicio de la subida a Urgull, este paseo recibe el nombre de una mujer. Pero ahora nos quedamos con una vista privilegiada sobre la ciudad vieja, y sobre los dos conventos que sobrevivieron a la quema. Intentaremos ubicar la calle Narrica.

En una época en que la religión lo impregnaba absolutamente todo, ¿qué mejor modo de perpetuar el prestigio social de una familia que ligarlo a la eternidad? La Iglesia Católica sigue siendo un mundo de enorme preponderancia masculina; pero las mujeres supieron apropiarse en cierta medida de las ventajas de la religión. Los conventos femeninos ofrecían, aunque hoy nos resulte chocante, un espacio donde las mujeres se autoorganizaban sin apenas presencia masculina.

Santa Teresa, convento de monjas del s. XVII, fue fundado con el legado que dejó al Ayuntamiento la viuda Simona de Lajust, que así perpetuaba en piedra y en institución su memoria... y el prestigio de su familia dentro de la comunidad donostiarra.

Sin duda es San Telmo, por su tamaño y valor arquitectónico (el mejor ejemplo del renacimiento guipuzcoano, del s. XVI, pese a las grandes pérdidas de 1813) el gran convento donostiarra. Con él, los Idiaquez, familia ligada a la Corte imperial, mostraban su vertiginoso ascenso social, económico y político.



¿Los Idiaquez? La fundación corresponde a Alfonso y su mujer, Gracia de Olazabal, que, por cierto, era la donostiarra. Ella continuó la obra tras la muerte de su marido, y el hijo de ambos la concluyó en como monumento funerario de sus reproductores. Sin San Telmo, la historia nos hablaría de varias generaciones de Idiaquez, pero no sabríamos nada de sus mujeres.

Aunque no ocuparan cargos públicos, las mujeres participaban en la vida social y económica según la categoría de sus familias. Otra cosa es que, al aparecer mucho menos en la documentación, a menudo nos cuesta saber de su existencia, hasta en el caso de las muy influyentes en su momento: ¿Quién fue aquella Na Rica, es decir, doña Enriqueta en gascón, que da nombre a una calle? ¿Cuántas más hubo como ella, de las que no sabemos nada?



3. Mujeres educadoras

Tradicionalmente, se ha considerado que educar a los hijos e hijas es labor de las madres, y las mujeres en general. Sin embargo, la “enseñanza”, es decir, la transmisión de conocimientos teóricos y prácticos mediante la escritura/lectura, durante siglos en latín o en lenguas romances, correspondían a la esfera del poder y por tanto de la masculinidad. La escolarización general fue una de las grandes reivindicaciones progresistas del s. XIX. Su generalización fue gradual e irregular: las niñas pobres fueron las últimas en ser escolarizadas. De hecho, en este siglo XXI, sigue siendo más una reivindicación que un hecho en muchos países empobrecidos.

Una vez más, fueron las mujeres las que promocionaron la escolarización, no solo de los niños, que también, sino sobre todo de las niñas, conscientes de que la falta de estudios era uno de los principales obstáculos para salir de la pobreza. Las instituciones se desinteresaban por la educación femenina porque asignaban a la mujer adulta un papel limitado al de madre y ama de casa, o a labores no especializadas con sueldos muy bajos.



© Elizaran Fundazioa

Micaela Elizarán y Sarobe creó dos escuelas en 1917. Una de ellas ofrecía a niñas pobres la posibilidad de superar el círculo vicioso analfabetismo/pobreza. Hace años que el colegio no es solo femenino; pero sigue vinculado a la tarea de ayudar al alumnado que tiene mayores dificultades de integración social y laboral.



Jesus Elosegiren argazkia © S.C.
Aranzadi

Elbira Zipitria, a la que se ha dedicado el camino que sube a Urgull, fue una maestra que rompió otro prejuicio, muy en la línea del anterior: que el euskara era, como las mujeres, la lengua doméstica, inútil para la oficialidad, los estudios, los negocios... el poder. Una vez generalizada la alfabetización en castellano o francés (cuando casi nadie sabía leer y escribir, no era muy importante en qué lengua se hacía), la identificación euskaldun = pobre (arrantzales, baserritarras, criadas, obreros) inició en el s. XX un proceso de sustitución lingüística que el franquismo aceleró. Elbira Zipitria reaccionó creando con otra mujer, M^a Dolores Goya, una educación en euskara, y por cierto mixta cuando eso era la excepción, para una población urbana que no veía por qué el progreso social y económico había de ser incompatible con el uso de su lengua.

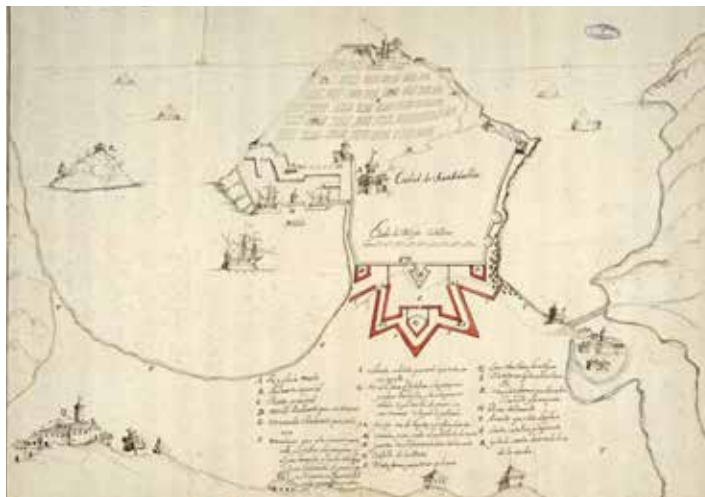
Desde Santa María, por
la muralla a Portaleta, el
punto nº 4



4. Mujeres de negocios

En Portaleta, mirando al muelle y a la Parte Vieja.

De todos modos, tampoco es tan cierto que las mujeres no participaran en la vida pública, sobre todo en la económica. La visión histórica que nos ha llegado generaliza lo que correspondía a un sector social muy concreto, la burguesía a partir del s. XIX. En un país agrícolamente pobre como el vasco y en una pequeña villa costera (hasta mediados del XIX no superó los 10.000 habitantes) que vivía del comercio, prescindir del trabajo femenino era un lujo que no se podían ni se querían permitir.



De nuevo partiendo de un ámbito casi exclusivamente femenino y doméstico, como era la vestimenta, las mujeres prácticamente copaban la producción y sobre todo la comercialización de telas, no solamente en el ámbito local y mediante la confección a pequeña escala y la venta en tiendas, que por supuesto, sino también la compraventa a nivel internacional: la lana castellana, navarra y aragonesa se embarcaba en San Sebastián, y aquí se desembarcaban paños flamencos, ingleses y franceses camino de la Península y de América. Y las mujeres, solas, en familia o formando pequeñas empresas entre ellas, compraban y vendían, se intercambiaban productos, se financiaban, litigaban, contrataban mujeres y hombres para el trabajo...

También el negocio de la alimentación, fundamental en un territorio siempre deficitario en trigo, era casi todo femenino: otro ejemplo de proyección pública de una actividad doméstica. Y también, ya en menor medida, en el comercio de derivados del hierro, el gran producto vasco, y de "coloniales" o "ultramarios", etc.

El incendio destruyó casi toda la documentación económica; pero los datos que nos quedan no dejan lugar a dudas: cada cual desde su posición económica y social, las mujeres tenían gran protagonismo económico... es cierto que mayor, cuanto más pequeño era el volumen de negocio. Por eso también ha dejado poco rastro documental.

A la plazoleta entre el muelle y el Ayuntamiento, el punto nº5



5. Mujeres marineras

Tradicionalmente, el trabajo de la pesca solía diferenciar las tareas por sexos: los hombres salían al mar; pero el procesamiento del pescado: descarga, secado o salado para conservación, almacenamiento, venta... solía ser competencia de las mujeres. Como en otros muchos casos, la anécdota oculta una realidad mucho más amplia y mucho más dura. La venta directa en la calle, las famosas “pescateras”, tan turísticas, no suponían más que una muy pequeña parte de la actividad. Hasta hace medio siglo, las mujeres llegaban hasta los barrios más lejanos, y hasta los pueblos del interior, a pie mientras no hubo medios de transporte económicos.

Tres siglos antes de las casetas de baño, ya había cabañas en la playa; pero no eran lugares de recreo, sino de trabajo exclusivo de las mujeres, puesto que allí, bajo la muralla, secaban y empaquetaban el bacalao para ser vendido posteriormente. Cuando se expandieron las conserveras, también fueron mayoritariamente las mujeres quienes trabajaron en ellas, aunque esta industria corresponde más a otras localidades costeras.

Han desaparecido del paisaje las rederas, no porque el oficio haya desaparecido, ni menos porque lo practiquen varones. Ahora que la pesca casi ha desaparecido del puerto donostiarra, y tras siglos de invisibilización, son oficialmente reconocidas como una actividad profesional, no como una “ayuda”, tanto las rederas como las empacadoras y neskatillas (descargadoras: significativo nombre de quién realiza el trabajo, ya que en castellano sería directamente “las chicas”).



Desde aquí a la calle Garibay, en la actual KUTXA, el punto nº 6.



6. Mujeres industriales

Ahora el Primer Ensanche es una zona residencial privilegiada. Cuando lo construyeron, hace ya siglo y medio, supuso el desahogo de una ciudad hasta entonces encorsetada por la muralla.

El tabaco era, por supuesto después del cacao, uno de los principales productos importados por la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, desde principios del s. XVIII, ya que no pagaba impuestos gracias al régimen foral. Tras la abolición de los Fueros, la Diputación favoreció la creación de la primera fábrica de tabacos, que se ubicó en la calle Garibay. A mediados del s. XIX, en la primera industrialización, todavía no estaba claro que San Sebastián se decantaría por el turismo y surgieron varias industrias en las que el trabajo femenino, no especializado y más barato que el masculino, era habitual. El ferrocarril abrió nuevos mercados a una actividad de tradición femenina ya existente, que pasó de artesana a industrializarse, tanto que al final se construyó una enorme Tabacalera en el barrio de Egia, junto a la estación. Dio trabajo a miles de mujeres y a la creación de un oficio, y con él a un tipo de mujer económicamente autónoma y con conciencia de trabajadora: las cigarreras.

Pero el resto de industrias también las contrataba. Fue el franquismo y su concepción de mujer como ama de casa el que relegó, al menos a las casadas, al hogar, a ser solo esposas, madres y dedicarse a "sus labores".



*Por la plaza Gipuzkoa,
a la plazoleta entre el
M^a Cristina y Victoria
Eugenia.*



7. Turismo: ocupación de reinas y criadas

Fue Isabel II quien puso de moda la playa donostiarra al tomar las aguas de mar en 1846. La “Revolución Gloriosa” de 1868 la sorprendió en San Sebastián, de donde partió al exilio. Entonces el sol no se tomaba, sino que se evitaba: las pieles curtidas delataban una vida de duro trabajo en el campo o quemadas por el salitre, y una piel blanca era síntoma de vida no trabajosa.

Una reina arrastra una Corte, y una Corte, a todo tipo de empresas y tiendas proveedoras de los más variados productos y servicios. La vida ociosa comienza a ser un modelo a seguir, desde las clases más pudientes hasta, ya en la segunda mitad del XX, las más populares. M^a Cristina, madre de Alfonso XIII (durante su infancia fue Reina Regente, de ahí el nombre de la calle) y suegra de Victoria Eugenia, afianzó definitivamente a Donostia como destino turístico de primer orden, a caballo entre los siglos XIX y XX.

Más allá del brillo cortesano, la tradición hostelera donostiarra ya existente, como en toda ciudad comercial, se multiplicó con la demanda de alojamiento y restauración. Y aunque ahora los “grandes nombres culinarios” son masculinos, en la “Belle Époque” eran las mujeres las principales responsables de ofrecer los servicios de hostelería y casas de comidas, desde patronas hasta casi un millar y medio de criadas, camareras y cocineras.



Desde el Victoria Eugenia hasta la Brecha



8. Baserritarras urbanas

Aunque ahora parezca anecdótica, la presencia diaria de baserritarras fue durante siglos el único medio de garantizar alimentos frescos a la población urbana. En la abundante literatura sobre el poder de la mujer vasca, es reduccionista identificar vasca con baserritarra, como si las urbanas no fueran vascas, y es reduccionista identificar etxeoandre (señora de la casa, casi siempre madre y esposa) con mujer, cuando muchas mujeres no eran etxeoandres (el índice de soltería era muy alto). Además, aquel supuesto poder de la mujer baserritarra en la práctica se limitaba al ámbito doméstico y lo más cercano: corral y huerto. Las decisiones de compra y venta de importancia económica, como el ganado, la siega, las cosechas, las tierras, los edificios... correspondían a los hombres, solo en el mejor de los casos eran compartidas por el matrimonio.

Pero en los caseríos cercanos a ámbitos urbanos, como Donostia, disponer de la economía doméstica cotidiana, como leche (más de mil lecheras acudían a inicios del XX a vender su producto diariamente), frutas, verduras, huevos, pollos... ponía en manos de las mujeres la capacidad de vender y por tanto también de comprar. Sin olvidar su fuerza de trabajo, ya que solían ser las baserritarras las que hacían la colada en las regatas, a falta de agua suficiente en el recinto urbano.



Resumiendo, mucho trabajo y unos beneficios magros, que exigían una excelente capacidad de administración.

Nota donostiarras: las famosas iñudes, nodrizas o cuidadoras de niños, con su traje típico, solían ser de origen rural, pues se las consideraba más recias y sanas que las “kaletarras”. Pero su presencia pública hace un siglo y ahora folklorizada, no era tanto una decisión propia de orgullo por un oficio codiciado, sino más bien un motivo de lucimiento de las familias pudientes: cuantas más cuidadoras y “más lucidas”, más riqueza aparentaban sus contratantes.

Desde aquí se recomienda ir a San Telmo y visitar el Museo.

Se puede ir por la vecina calle Narrica y recordar lo dicho en el punto 2.



1. Mujeres constructoras
2. Mujeres religiosas
3. Mujeres educadoras
4. Mujeres comerciantes
5. Mujeres marineras
6. Mujeres industriales
7. Turistas y trabajadoras
8. Baserritarras urbanas

